

Psicología de las fosas nasales

Por ENRIQUE GUARNER

EL escritor florentino Carlo Lorenzini, mejor conocido como Carlo Collodi, escribió en 1880 la preciosa fábula que intituló «Les aventuras de Pinocchio», la cual se convirtió de inmediato en el cuento favorito de los niños.

En el comienzo se nos relata como el maestro carpintero Gepetto está fabricando un muñeco maravilloso: Pinocho, que será capaz de bailar, practicar la esgrima y ejecutar toda suerte de saltos mortales. Sin embargo, una vez finalizado, el monigote se enfila hacia la puerta y abandona el hogar. A partir de ese momento se suceden todo tipo de aventuras en las que llega a actuar como títere, va a dar a la cárcel y es poseído por una hechicera. Finalmente por buscarlo Gepetto naufraga en el mar y vive en el vientre de una enorme ballena denominada Atila. Para salvarlo el muñeco se deja devorar y cuando está durmiendo la bestia, le incendian leños en su interior y al abrir la boca de par en par logran escapar alcanzando la orilla y retornan a su casa.

Todo el libro constituye la delicia de los niños quienes sueñan con cada uno de los episodios. Lo más curioso de la fábula es el crecimiento desproporcionado de la nariz de Pinocho cuando miente. Ello ocurre porque el monigote hace promesas que jamás cumple, con lo cual se burla de la disciplina que imponen las figuras autoritarias.

De inmediato uno se pregunta sobre el significado de la nariz y si ella no representa un simbolismo importante. Recuérdese aquí que por razones estéticas es sometida a la cirugía plástica. Por el contrario Edmond Rostand nos diría que la bella Roxana nunca se enamoró del bien parecido Christian sino del narigón Cyrano de Bergerac, verdadero autor de sus cartas de amor. Ello queda demostrado cuando quince años después de la muerte de su amado en el convento de las damas de la Cruz, observa perpleja como Cyrano recorre emocionado las líneas de las misivas epistolares. Roxana se estremece y descubre la terrible realidad aunque ello sucede demasiado tarde.

Fue en 1920 en su «Tratado de Anatomía Patológica» cuando el famoso médico Luis Aschoff señalaba: «La riqueza de la mucosa en las fosas nasales da lugar a hiperemia por irritación o inflamaciones locales. También tenemos que agregar a esta situación los influjos mentales que con frecuencia tienen su origen sexual».

Etimológicamente la palabra catarro procede del griego y significa fluir hacia abajo. Es por ello que en el siglo IV antes de J.C., Hipócrates describió al cerebro como un órgano que se desembara de los humores enviándolos a través de la garganta a los pulmones.

En 1808 el patólogo francés Victor Broussais relacionó los resfriados con inflamaciones agudas de las mucosas nasales. Desde el punto de vista clínico René Theophile Laenec conocido por su famoso «Traité de l'auscultation medicale» hizo notables observaciones sobre las enfermedades bronquiales. Según este autor ellas iban precedidas por inflamaciones de la pituitaria nasal, que pasan a la laringe y posteriormente invaden los pulmones. El médico bretón observó también que algunas veces cuando disminuye la alteración respiratoria, se manifiestan una afección análoga en la mucosa intestinal que determina una diarrea. Lo importante de esta aportación es la marcha descendente del catarro.

Las ideas etiológicas actuales puntualizan tres factores en la producción de los resfriados. Ellos son: 1) la presencia de gérmenes, 2) el terreno en el que se reproducen y 3) la disminución de las defensas, que determinan su desarrollo. El primer elemento deja grandes dudas, puesto que no se ha encontrado un microorganismo específico que produzca la coriza o catarro.

El segundo punto que se refiere al terreno ha llamado la atención de los investigadores y la mayoría se inclinan a pensar que la debilidad orgánica juega un papel fundamental. Por ejemplo puede demostrarse que el PH de las secreciones nasales fluctúa entre 5.5 y 6.5, o sea, resulta ligeramente ácido.

Ante los cambios de temperatura, la llegada del frío

produce la alcalinidad. Asimismo se ha observado como la fatiga física da lugar al mismo desequilibrio ácido-básico.

Esta situación no ha sido solamente estudiada en las fosas nasales, sino que también ha sido vista en las mucosas de la vagina y del pene. En estos órganos los estímulos fisiológicos provocan la secreción de las glándulas prostáticas y del cuello uterino, que segregan un líquido alcalino que permite la recepción espermática.

Es bien sabido que los gonococos aprovechan la modificación del PH y producen la infección genital que conocemos como gonorrea. Cabe agregar aquí el famoso trabajo de los cincuentas en el cual cuatro hombres efectuaban el coito con una misma prostituta contaminada y solamente uno de ellos sufría la enfermedad. Esto nos demuestra la importancia del terreno y que solamente cuando las mucosas se debilitan se producen los cambios químicos necesarios para desarrollar el contagio.

El mismo Aschoff se daba cuenta de la proliferación bacteriana cuando señalaba: «La rinitis catarral comienza por una hiperemia, seguida por la eliminación de un fluido acuoso alcalino, que contiene tumefactas células epiteliales y algunos leucocitos. Al principio son escasos los gérmenes, pero con el progreso de la inflamación van aumentando en su número».

En relación a las defensas naturales que opone el ser humano se encuentran el funcionamiento de las ciliias vibrátiles y sobre todo el estado mental por el que estamos pasando. En realidad el catarro puede ser catalogado como la expresión de nostalgia o de una melancolía. Esta situación afectiva ha sido reprimida y se desplaza hacia un órgano tan sensible como son las fosas nasales.

Resulta curioso el que Laenec que en 1819 descubrió el estetoscopio, se diera cuenta del conflicto cuando señalaba la presencia de aquello que denominaba «chagrin» o un leve componente depresivo que precede al desarrollo del padecimiento.

Entre los síntomas comunes que aparecen en el catarro se encuentra el llamado estornudo. Este se

produce como una descarga brusca espiratoria en la que se arroja con estrépito y violencia los fluidos y el aire alojados en la membrana pituitaria. Lo extraño es que mucha gente experimenta una sensación placentera en el crecimiento paulatino del cosquilleo nasal y en la liberación desatendida de su contenido.

Se me ocurre comparar lo anterior con la satisfacción que los niños obtienen al urgar y manipular el interior de sus narices. Asimismo conozco personas que sienten placer provocando el estornudo por medio de lo que los franceses denominan «rapé», el cual no es otra cosa que un polvo grueso y oscuro derivado de las hojas maduras del tabaco. Su absorción en las fosas nasales provoca una sensación agradable y tengo entendido que existen clubes en Inglaterra donde las personas prueban las diferentes calidades que se elaboran.

Quisiera mencionar que el ser humano ha reprimido el sentido del olfato en las relaciones sexuales y ha desplazado casi todo su interés hacia los estímulos visuales y auditivos. Esto se puede observar en las referencias ocasionales que se encuentran en las aportaciones psicoanalíticas.

En cambio los poetas han adjudicado imaginarios perfumes a sus amadas. Los esfuerzos para clasificar los diferentes aromas y el grado de excitación erótica que provocan no ha podido ser científicamente validado. Sin embargo, aquellos que fabrican las fragancias y sus publicistas nos hablan de ellos como si se tratara de verdaderos afrodisiacos.

En la mayoría de las especies animales se ha demostrado la importancia de los olores. Por ejemplo, la extirpación del nervio olfatorio de los perros los hace incapaces para localizar a la hembra en celo. En cambio la pérdida de la visión nunca les impide realizar la procreación.

Desde el punto de vista hipotético se podría afirmar que el sentido del olfato perdió su trascendencia con la posición bipeda del hombre. A partir de que ésta se sostuvo ya no fue necesario detectar los olores de los animales comestibles ni de las hembras que

despertaran nuestros instintos sexuales. Esto parece demostrarse puesto que en los aborígenes de las islas de la Melanesia, los antropólogos han hallado nativos que se guían por los olores de los genitales.

Podríamos concluir este artículo afirmando que independientemente del frío, la alcalinidad de la membrana pituitaria o la presencia de gérmenes, la mayoría de los trastornos nasales son el resultado de un problema afectivo melancólico que repercuten sobre nuestro disminuido sentido del olfato.